

Fundamentalismo y manipulación religiosa

JOSÉ MARÍA MARDONES*

El tema del fundamentalismo, sobre todo el islámico, se ha hecho muy presente en los medios de comunicación tras el 11 de septiembre de 2001. Sin embargo, ni comenzó ahí ni llamó la atención de los estudiosos a partir de esa fecha.

Ha sido un tema recurrente en los últimos 15 años, tristemente ligado a una serie de hechos violentos o de muerte. Y no sólo ha tenido que ver con la tragedia de las Torres Gemelas de Nueva York; una política similar ha ensangrentado Argelia durante ya mucho tiempo. Recuérdese también la guerra de los Balcanes, por no citar el caso del fundamentalismo hinduista o el de los atentados en las clínicas abortistas en Estados Unidos, atribuido este último al evangelismo fundamentalista. De la misma forma, la disputa palestino-israelí, con claros matices religiosos, nos confronta todos los días.

Es un problema que recorre el mundo, que no es exclusivo de los musulmanes ni se debe concentrar en el 11 de septiembre. Alguien ha dicho que es el fenómeno que mejor da el tono de la época que vivimos: la religiosa fundamentalista.

SUS RASGOS

Más que hablar del fundamentalismo, sería más correcto referirnos a los fundamentalismos, en plural. Y si bien habría que atender cada uno de los casos, se pueden mencionar algunas de las características generales del fenómeno.

Uno de sus ingredientes está ligado a una cierta interpretación literal del texto sagrado, llámese *Antiguo Testamento*, *Corán* o *Biblia*.

* Destacado analista de los problemas de las relaciones entre religión y cultura. Investigador del Instituto de Filosofía del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de Madrid. Entre sus últimos libros publicados destacan *El umbral del mañana. El cristianismo del futuro* (PPC, Madrid, 2000) y *Síntomas de un retorno. La religión en el pensamiento actual* (Sal Terrae, Santander, 1999).

La sensibilidad fundamentalista, vista desde el judaísmo, islamismo o cristianismo, parece llevar consigo la tendencia de una interpretación que pretende ser literal pero que está lejos de serlo. El fundamentalista afirma: “esto es lo que dice el libro”, pero ¿qué es lo que dice?, ¿lo que dicen que dice?, porque siempre hay una interpretación detrás del que lee. Aquí está el problema.

Otro de sus rasgos es que busca encontrar una interpretación verdadera —o que avale la escritura— detrás de una tradición o comunidad donde se vive la fe auténticamente, donde se expresa la religión tal y como tiene que ser.

En tercer lugar, vemos la referencia a un liderazgo, a una autoridad constituida capaz de asegurar la interpretación veraz, o a aquella que asegura qué es lo que debemos creer.

Detrás de estos elementos hay una especie de denominador común: la búsqueda de seguridad, de certidumbre. El fundamentalista es alguien que quiere creer en algo que no se pueda poner en duda, porque así lo asegura un libro, una tradición y una autoridad. Pero los énfasis son distintos en cada religión: el evangelismo protestante tiende hacia una presunta interpretación literaria de las escrituras, y el catolicismo se basa más en una tradición o autoridad, lo que tiene una cierta razón histórica. En el evangelismo protestante hay una disputa que enfrenta a dos tendencias teológicas y religiosas, pues mientras unos mantenían una postura científica sobre la interpretación del origen del hombre y las especies (más o menos la teoría de la evolución darwinista), otros creían que se tenía que mantener una interpretación literal como la que se expresa en los capítulos del *Génesis* (creacionismo).

La disputa entre evolucionistas y creacionistas en Estados Unidos, que estalló en la primera década del siglo xx y dura hasta hoy, llevó a los conservadores a escribir y difundir una serie de libros que llamaron *The fundamentals*, en donde se pretendía recoger los fundamentos de la fe. De ahí deriva el nombre fundamentalismo, tan generalizado ahora en los medios de comunicación.

Desde el punto de vista católico, la palabra más adecuada no sería fundamentalismo sino integrista. Es una tendencia que aparece en España y Francia a finales del siglo xix, la que defiende un tipo de concepción de la sociedad, el modo de vivir lo católico, de un modo que se decía “integral”, total. Lo católico entonces tendría que ser el modo de orientar y organizar a la sociedad.

Otra característica del fundamentalismo es una actitud sociopsicológica de minoría: se sienten perseguidos o en actitud de exclusión, aunque sean mayoría. El integrista católico en España siempre se ha sentido acosado por la sociedad moderna, por el liberalismo, por la democracia, etc. Se reconoce como fundamentalista a todo aquel que se sienta así, con una actitud de perseguido y con la tendencia a pensar “ellos y nosotros”, “los de allá y los de acá”, “los de dentro y los de fuera”.

Esa especie de división de fronteras lleva a una comprensión maniqueísta: “ellos son los que no nos entienden”, “nosotros tenemos la verdadera religión”.

UN FENÓMENO MODERNO CON IDEOLOGÍA ANTIMODERNA

El fundamentalismo es un fenómeno moderno —finales del siglo xix— en el que se manifiesta una ideología antimoderna. Algo tiene esta sociedad y cultura para que surja un fenómeno de esta naturaleza, que tiene que ver cada vez más con una reacción —vestida con ropaje religioso— a las contradicciones y malestares sociales. Es una expresión religiosa de no estar situado a gusto.

Samuel Huntington afirma que tras la caída del muro de Berlín se está viviendo una situación que se caracteriza por la existencia de un poder único: el estadounidense. Pero no sólo como potencia sino como el único sistema de producción, denominado capitalismo neoliberal. En el ámbito político actual no existe otra alternativa, y en el horizonte no se ve ninguna salida.

Ante esta situación Huntington se pregunta cuál es el futuro de la humanidad y dónde estarán los próximos conflictos, a lo que responde que éstos no se van a situar en el ámbito económico o político, porque ahí ya no hay discusión. El politólogo dice que el conflicto del futuro va a venir con las diferentes visiones de los valores, del modo de concebir nuestro estilo de vida.

Cuando decimos que el choque del futuro va a ser cultural, de inmediato aparece la religión. Suele decirse que si la cultura es el envoltorio, la religión es el contenido.

Si la cultura responde a las preguntas de por qué y para qué vivo, por qué trabajo, peno, sudo y muero, dentro de ella la que por lo general ha respondido es la religión, la gran donadora de

respuestas o de sentido acerca de las preguntas fundamentales de la vida.

Huntington, a quien se considera un pensador neoconservador, es lo bastante lúcido para darse cuenta que la sociedad moderna o el capitalismo neoliberal producen “traumas”, contradicciones y desigualdades. Por ejemplo, detrás de la gran industrialización que experimentan varios sectores productivos en México, hay un enorme atraso rural que causa la migración a las ciudades, lo que a su vez lleva al desarraigo, a la pérdida de orientación de su mundo o estilo de vida.

¿Cómo se pueden equilibrar estos traumas? Cuando ocurren, inmediatamente las colectividades y los individuos buscan un alivio, un elemento que equilibre su desarraigo. ¿Dónde buscar? Huntington señala que no se buscará en un tipo de religión que tensione más al individuo; si a éste se le presenta un tipo de religión más tensionante, que lo haga adoptar una actitud comprometida, de intentar solucionar los problemas sociales de injusticia o desigualdad, se le estará sobretensionando.

Podemos decir que el tipo de religión que existe en la sociedad actual —sobre todo en donde se ve desarraigo, desorientación o traumas— es conservadora, que da certeza, verdades, que asegura; que no es crítica porque no quiere tensionar a los individuos. De alguna manera, Huntington dice que la religión adecuada para el neoliberalismo es la fundamentalista.

GLOBALIZACIÓN Y FUNDAMENTALISMO

Una tesis complementaria a la de este pensador es la de otros culturalistas que explican al fundamentalismo desde la actual situación mundial. Los medios de comunicación masiva están globalizando el mundo. Uno se pasea un poquito por aquí y por allá y se da cuenta que en todas partes tenemos las mismas películas, canciones o modas de vestir. Algunos dirán que es una cultura de pacotilla, banal o trivial; a los que tienen paladares aristocráticos realmente les enfada, pero es cierto que universaliza el mundo. Así, todos los jóvenes tienen casi los mismos gustos.

Lo anterior tiene un sabor estadounidense, el de la cultura dominante que nos uniforma y que también nos roba muchísimo tiempo para la reflexión. Es un tipo de cultura que

forma un mercado de sensaciones. Vivimos, jóvenes y adultos, en una especie de búsqueda continua de sensaciones, pero no hay capacidad para discernirlas, para tomar distancia y decidir con qué se queda uno. En este sentido es una cultura intrascendente, relativista, que produce malestar.

La reacción es buscar los elementos que nos digan qué es lo verdadero, lo sostenible. No todos viven contentos en este mundo de sensaciones, muchos experimentan una zozobra interior que los lleva a buscar seguridad, aun a costa de su libertad. Están creadas las condiciones en lo económico, político y cultural para que el fundamentalismo crezca en el mundo. Podemos entenderlo como una reacción religiosa ante los males que provoca la sociedad moderna.

Otra conclusión es que este fenómeno conlleva un proyecto sociopolítico. Detrás del evangelismo deben leerse las propuestas de la civilización estadounidense. Para los fundamentalistas islámicos su ley es la que debe configurar el planeta. Hay una reacción contra lo que desde el mundo islámico se considera la amenaza occidental y norteamericana.

En el caso de Israel debe leerse: “la ultraderecha tiene un proyecto para defender su país, para recuperar la extensión que tenía en el tiempo del rey David, o cuando sea”. Por eso es difícil llegar a tratados de paz o resolver el problema con medidas políticas, porque detrás hay otra propuesta sociocultural.

De la misma manera, en el proyecto del Vaticano de revangelizar Europa hay una propuesta cultural y política que, ciertamente, en este momento no está en auge. Detrás de la India hinduista hay un partido que prohíbe la entrada de los misioneros cristianos; es un partido nacionalista que quiere la India para los hindúes.

Detrás de la postura y de la sensibilidad fundamentalista debe leerse una politización de la religión. Es una forma de religiosidad que se hace presente hoy en el foro público, que intenta mostrar —con ropajes religiosos— aspectos y defensas de carácter social, cultural y político, que promueve una especie de nacionalismo religioso.

Estamos ante un fenómeno que se puede prestar fácilmente a la manipulación. La religión es un fenómeno peligroso. Los creyentes debemos tenerlo muy claro. Lo digo conscientemente, la religión es un fenómeno peligroso porque es importante —lo que no es importante no es peligroso— y fácilmente manipulable.

Pero, contra lo que podríamos esperar, la religión es un ele-

mento muy poco defensor frente a los factores ideológicos nacionalistas. En muchos casos sirve para el desarrollo de la humanización y la conciencia, pero en otros llega a ser algo así como querer utilizar gasolina para apagar el fuego.

Una alumna mía que fue a trabajar en un proyecto de ayuda en Bosnia, me platicó que al entrar en una iglesia católica croata le llamó la atención una desmedida participación en la misa: la gente cantaba voz en cuello, lo cual atribuyó a la difícil situación en que vivían; no tardó en darse cuenta que cantaban contra una mezquita de enfrente, donde también, voz en cuello, los musulmanes celebraban su religión. Pensó entonces: “no vuelvo a misa”.

No es la religión por sí misma sino mezclada con el elemento nacional, cultural, ideológico o político la que manipula en el fondo.

Es una historia larga porque tiene un aspecto intrínseco que la hace así: cuando queremos descalificar a alguien, a un gobierno, sistema social o ideología, ¿de dónde podemos echar mano?, ¿cuál sería la máxima legitimación de una reivindicación?, ¿cuál sería la máxima descalificación de un poder?: la que apela a Dios.

Si a los ojos de una mayoría algo es correcto, hay una gran legitimación; pero si Dios ha querido que éste o aquel señor estén en el gobierno, es la máxima legitimación. Todas las razones son pequeñas frente a la de invocar a Dios. Esto es lo que hay que descubrir y lo que hace tan atractivo el campo religioso a los ojos de las ideologías y los poderes.

Lo perverso de este juego es que se atribuye a Dios algo que se quiere imponer. Hacemos que sea el responsable, y como el pobre no habla, no puede responder. A Dios no se le deja ser Dios, se le busca desde unos intereses para legitimarlos o descalificarlos, lo que es una tentación permanente tanto para el hombre religioso como para el que no lo es.

¿Qué se puede aprender del fundamentalismo? Este fenómeno, que está en todas las religiones, nos dice que la sociedad moderna tiene un problema que no ha solucionado con la religión, o viceversa.

El mayor desafío, seamos católicos o de cualquier otra religión, es saber estar en la sociedad, ya que no encontramos ni lugar ni sitio para estar. ¿Cómo se puede arreglar esta confrontación entre modernidad y religión?, ¿liquidándola? Ésta es

LO PERVERSO DE ESTE JUEGO

es que se atribuye a Dios algo que se quiere imponer. Hacemos que sea el responsable, y como el pobre no habla, no puede responder

pero no tenemos por qué afectar todo lo que está en la sociedad”. Pero tampoco podemos vivir a espaldas de la modernidad ni es lo más conveniente.

Algunos pretenden apartarse de la modernidad, sin embargo, individuos pertenecientes a grupos fundamentalistas utilizan en su propaganda todos los recursos tecnológicos de la época; ahí están los telepredicadores o las redes de información de los fundamentalistas islámicos. Con eso no tienen queja. El problema para muchos con sensibilidad fundamentalista es que cualquier crítica a sus costumbres o textos sagrados la ven como blasfemia. Esa es la modernidad que rechazan, la del espíritu crítico.

Ser creyente hoy, en esta sociedad, implica la responsabilidad de tener una fe adulta, colmada y crítica. El fundamentalismo enseña que debemos tener una fe que tenga reflexión y formación porque si no es peligrosa; una fe que debe tener una sana relación con la autoridad, también reflexiva y crítica, y una independencia con comunión que demuestre nuestra madurez, que no nos quite la reflexión. Tenemos que ser críticos con nuestra sociedad moderna y con todo lo que hay en ella.

De los fundamentalistas hay que aprender la pasión de Dios o por Dios. Ellos se dicen defensores de Dios, nosotros podemos tener también pasión por Dios, pero nunca sin reflexión, nunca dejando de lado la razón. ■

la propuesta secularista, que termina incentivando al fundamentalismo: se pone en el plan de eliminar a la religión porque cree que los hombres de hoy no tienen que ser creyentes. De esta forma se crean condiciones para que las manifestaciones religiosas exploten de las formas más aberrantes.

¿Cuál es entonces la actitud adecuada? Algunos pensamos que tiene que ser una mucho más crítica, de relación, pero también de distancia.

Como asumir que “aquí tenemos que vivir, que creer,